
INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

Javier Fernández

Las normas de la Colección Archivos disponen que el coordinador de cada volumen tenga a su cargo la responsabilidad de las páginas de introducción. Y que en lo posible esas páginas sean una síntesis comentada de los trabajos que lo integran y el plan seguido. Algunas limitaciones, sin embargo, apuran inhibiciones a quien en este caso debe cumplir con aquellas normas. No soy crítico ni investigador estricto, sino un viejo lector de Sarmiento y va dicho sin modestia defensiva. Desde hace muchos años me acompaña la relectura de sus obras, en creciente gozo intelectual, en la armonía de su personalísimo don expresivo, inigualado en nuestra historia intelectual, y su ajuste a un pensamiento siempre fecundante, en su tiempo y ahora. Miles de sus páginas cumplieron su misión al término del combate diario, pero no son prescindibles: siempre hay una referencia, una imagen, una idea, una desmesura verbal que nos retiene frente a un paisaje de cosechables reflexiones. Los *Viajes* están llenos de esas estrellas mansas, en el peregrinaje de este apurado de civilización, como cuando, en el Montevideo acosado por el sitio, al ver una representación teatral sobre la mazorca, reflexiona: «La verdad no siempre es verosímil, y lo real rara vez es dramático».

Los poco más de dos años que duró su viaje no pueden encapsularse en los sitios por donde anduvo y las personas a las que conoció. Los trabajos reunidos en este volumen coinciden en ponderar el apasionamiento, sin embargo reflexivo, de esa su mirada cosechadora cuanto podía ser útil o ejemplar para el proceso civilizador en su país, con la educación popular como fundamento. El chisporroteo incitador no cesa en toda la obra y, aun en capítulos tan lisos como el de la aventura en la Isla de Mas-a-Fuera, el tono de su prosa narrativa y su don de psicología nos envuelven robinsonianamente en la imagen de un «Beatus Ille» isleño, placenteramente engañosa. Son los momentos en que Sarmiento descansa su mente y la del lector, para el nuevo ímpetu que seguirá.

Se advertirá en los trabajos de los colaboradores, que no han sido insensibles, aun en la disidencia, como es el caso de William Katra, a ese poder incitador de Sarmiento. Ninguno apura los límites de su tema: el propio desarrollo los lleva a indagaciones más allá de él, sutilmente guiados por el propio Sarmiento, para quien el mundo era una ambición de comunidad no realizada, pero posible por la voluntad de todos. La injusticia no definía para él un carácter sino una situación redimible por el hombre.

Va de suyo, pues, que los textos de los colaboradores, comenzando por el extenso y profundo análisis de Elena M. Rojas, dicen por sí mismos y ninguna síntesis, por más cuidadosa que fuera, podría ser fiel a ellos. Éste es un libro atípico dentro de la Colección y sarmientino al fin no cumple con ciertas normas generales, sustituidas por otras, no escritas, que responden a la originalidad del libro. No se han hallado hasta ahora originales de las cartas publicadas en los *Viajes* y que tienen, es obvio señalarlo, destinatarios personales, cuyos archivos han sido conservados fielmente. Tampoco es posible imaginar –y acaso sea un buen tema de investigación– en qué pausas de su ajetreado peregrinaje se puso a escribir cada una de estas cartas, a las que hay que agregar las que dirigió, sin pensar en su publicación, a amigos y familiares, mientras preparaba a la vez el texto del *Informe sobre educación*, el de *Educación popular*, el de *Emigración alemana*, entre tantos otros trabajos, incluyendo especialmente su discurso sobre la entrevista de Guayaquil, escrito en pocos días. Es que, como enseñaba don Pedro Henríquez Ureña en el prólogo a su edición de *Facundo*, «Los superficiales creyeron a Sarmiento improvisador: lo creen todavía... Improvisó, a lo sumo, la forma que daba a su pensamiento; pero el pensamiento estaba definido en él claro y hondo, desde temprano; desde temprano se enriqueció de sustancias de la tierra nativa y aires de la cultura universal».

Se ha repetido, en muchos estudios sobre Sarmiento, que la decisión del ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, en el sentido de invitarlo a trasladarse a Europa en misión oficial de estudio (septiembre de 1845) fue una manera decorosa de alejarlo por un tiempo de un medio donde su prestigio de escritor y la vehemencia de sus campañas de bien público, abrían, sobre todo por ser argentino, el cauce a la polémica y al recelo. A ellos se agregaba el tenaz combate contra Rosas, no obstante que sus artículos contra el dictador bonaerense fueron una escasa parte de los centenares que escribió durante esos años. Pero es seguro que el ministro Montt, que fue su amigo leal, no pudo no tener en cuenta, al concretar su decisión, viejos deseos de Sarmiento. Éste los recuerda en el comienzo del *Informe presentado al Ministro de Instrucción Pública*, entonces don Antonio Varas, fechado el 8 de marzo de 1848, o sea quince días después de su regreso; ese *Informe*, por su contenido, debe ser leído como complementario del texto de *Viajes*. Escribe Sarmiento: «En 1841 [el subrayado es nuestro.

C.] y antes de que la Escuela Normal de Instrucción Primaria fuese fundada, solicité del Ministerio del ramo autorización para trasladarme a Europa con el objeto de inspeccionar los establecimientos del mismo género, creyendo con este paso obviar las dificultades y desaciertos que podrían producir en la práctica los conocimientos teóricos, únicos con que entonces contaba para el desempeño de las funciones de Director de la Escuela Normal que el Gobierno se proponía encomendarme. El señor Ministro Montt a quien me dirigí sintió, sin embargo, que era premiosa la necesidad de dar principio cuanto antes a la enseñanza, juzgando oportuno diferir mi deseada excursión para cuando los resultados de la fundación de la Escuela Normal estuviesen, aunque fuesen imperfectamente, asegurados» (cf. *Obras*, Buenos Aires, 1896, t. 11, p. 19).

O sea, ya en 1841, el viaje a Europa estaba entre sus planes. No dejó de estarlo a partir de entonces. En más de una referencia en sus cartas particulares, lo menciona al pasar. Su amigo Aberastain, al escribirle el 26 de marzo de 1845, adjuntándole documentación para el *Facundo* que entonces preparaba, le dice: «tanto su proyecto de ir a Europa [subrayado del C.] como el de entrar un poco más en la revolución argentina, son de mi gusto y completa conformidad» (*Obras*, t. 45, pp. 95-96). O sea, el péndulo alternativo. La decisión final del viaje no dependía sino de la contingencia y de quien pudiera facilitarlo. En carta del 22 de septiembre –no indica año, pero por su contenido es sin duda de 1845, según Raúl Moglia– Félix Frías anuncia a Juan María Gutiérrez: «Sarmiento deja *El Progreso*. Se irá probablemente a Europa, si pronto no podemos regresar todos a nuestro país. Está ya honrosamente inutilizado para la prensa. Él y el Gob^{no} lo conocen» (cf. *Archivo del Dr. Juan María Gutiérrez. Epistolario*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1981, t. 11, p. 13). La confirmación alborozada de Sarmiento, consta en la carta que a su vez le dirige a Gutiérrez, el 9 de octubre de ese año.

Los propósitos del viaje en 1845 eran los mismos de 1841: saber más sobre educación para educar mejor y saber más sobre inmigración para poblar mejor. Sólo que Sarmiento no era el mismo. En 1845 su prestigio era el de un portentoso periodista que, contrariamente a muchos de sus colegas, comprendía bien lo que sabía y sabía muchas cosas del pensar y ver; había publicado libros renovadores sobre la enseñanza de la lectura y reglas ortográficas; había dirigido la Escuela Normal; era miembro de la Facultad de Humanidades, fundador de diarios, combatiente y en *Mi defensa* había increpado a un mediocre ofensor, como un viejo héroe troyano frente a la injusticia. Y sobre todo, había publicado, poco antes de su viaje, el *Facundo*. Fue más que un ataque a Rosas. Fue un descarnarse a sí mismo del régimen colonial, a cuya subsistencia atribuía todos los malos posteriores a la Revolución de Mayo; fue un despojarse del alma que creía vieja, para ponerse otra nueva, más apta para combatir la barbarie y el caudillismo, incapaces de «pensar la república». Había llegado la hora de la gran

decisión, la de afrontar el «viaje exterior» (Botana), pues habiendo identificado el destino de su vida con el de la patria, sin que tuviera ningún atisbo de duda, necesitaba probar, y probarse a sí mismo, que la enseñanza fermental, no reglada, en que se había formado, podía no deslucir frente a quienes se habían educado bajo rigor clásico. Se sentía ya el repúblico. Su prestigio sanjuanino y posteriormente chileno, aunque éste se apoyara en testimonios como los de Andrés Bello y Manuel Mont, entre otros, no podían satisfacerlo. Necesitaba hacerse conocer y guapear su genio (no ignoraba que lo poseía) en la idealizada Europa, sobre todo; Estados Unidos estaba muy lejos del interés intelectual argentino, pero no podía estarlo del civilizador Sarmiento, que había adoptado a Franklin como modelo y a Cooper como lectura orientadora y que había escrito sobre las costumbres y las instituciones norteamericanas, bajo el estímulo de Tocqueville. Con el *Facundo* (ese «libro fundador», lo definió José Martí) como único confidente y con sorprendentes amigos que su no menos sorprendente destino colocaba en su camino (ese Tandonnet que le hizo cumplir, con el océano como telón, un curso acelerado de fourierismo y que, rosista, fue su admirador), Sarmiento cumplió el sin duda más interesante y original viaje de argentino alguno, en el siglo XIX. No fue leído en su tiempo ni fue motivo de polémica; el *Sarmenticidio o A Mal Sarmiento buena podadera* de J.M. Villergas, carece de relevancia y fue obra de encargo. En *Obras*, t. 29, p. 286, se publicó una carta de María Mann a Juana Manso, fechada el 27 de agosto de 1866, en la que le dice: «He leído sus *Viajes* como si leyera un romance. Él [Sarmiento] castiga a las naciones con tal conocimiento de los secretos de su vida material y poder o muerte nacional y localidad [*sic*], que el lector encuentra su descanso leyendo. *Él me ha dicho que su libro es poco conocido en su país*» (*Subrayado del C.*). Tres ediciones se han hecho en este siglo y algunos tomos de selección, incluyendo traducciones. La de Hachette publicó por primera vez el *Diario de Gastos*, como complemento del texto de *Viajes*. En los últimos años, se estudian y descubren nuevos valores universales, en obra que parecía atada a lo contingente del diario narrar; se analizan bajo luz más tranquila sus tesis políticas y sus acciones concurrentes, sobre todo las referidas a Estados Unidos, que no fueron complacientes como han sostenido algunos críticos apresurados. En el campo de la lingüística se destacan sus sorprendentes anticipaciones de más de un siglo (María Beatriz Fontanella de Weinberg, *Filología*, Buenos Aires, 1988, año XXIII, 2) o sus no menos precursoras sobre los vínculos de la educación y el desarrollo y la educación permanente, que estudió durante sus viajes (Gregorio Weinberg, «Domingo Faustino Sarmiento y José Pedro Varela», *Sur*, Buenos Aires, 1977, pp. 81-97). Los *Viajes* son acaso el libro más acabadamente característico de Sarmiento. Allí está todo él, sin que falten la nota genial y la nota ingenua, el chascarrillo y la seriedad, la descripción de pura felicidad expresiva, como la de Río de Janeiro o la de análisis de caracteres, como el

encuentro polémico Guizot-Thiers, en la Asamblea Nacional de París; vio los adelantos científicos y la degradación del obrero y del niño-obrero bajo el subyugante desarrollo industrial. Afinó su ideal republicano, advirtiendo el resquebrajamiento de la vida política, cuando no se equilibran derechos y deberes.

En este apasionante peregrinaje intelectual, de cierto sabor clásico, en el que Sarmiento pareció contar con un destino personal que lo orientó hacia lo que mejor se avenía a su entrañable misión, una inexplicable distracción suya –o de ese destino– no tuvo en cuenta la posibilidad de encontrar a Tocqueville, en diciembre de 1846, sea en París, sea en Argelia, donde coincidieron, recibidos por el mismo Mariscal Bugeaud –que Sarmiento menciona– durante y después del viaje.

Malogro de la historia, sin duda. Y un capítulo extrañado en el periplo de estos *Viajes*, tan naturalmente unidos en la relación vida-escritura, en esa innovadora modalidad autobiográfica en Sarmiento, analizada ejemplarmente por Ana María Barrenechea. Vida y escritura y destino anunciado.

Esta edición reproduce la de *Obras*, 1886, última publicada en vida de Sarmiento, aunque no fue corregida por él (ver carta a Luis Montt). Como lo señala Juan José Saer en el «Liminar», se incluye en este volumen, por sugerencia y al cuidado de Paul Verdevoye, el *Diario de gastos*, que se reproduce sobre la base de los originales que pudieron ser consultados gracias a la gentileza de la Dirección del Museo Histórico Sarmiento.

El coordinador agradece muy sinceramente a quienes tuvieron a su cargo los distintos trabajos que integran este volumen, por el sentido de la responsabilidad, el entusiasmo y la paciencia con que afrontaron demoras y vacilaciones que les eran ajenas. A Paul Verdevoye sus permanentes consejos, siempre discretos, siempre oportunos. A Fernando Colla, su valiosa e indeclinable colaboración. A Amos Segala, su confianza, con sus toques de inquietud. A Liliana Grinberg, el estímulo de su cooperación.